

le daba tal aire al trapiento, que más de dos veces estuve por creer que era el mismo, y por desengañarme le hacía dos mil preguntas, que me respondía ambigua ó negativamente, de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un impensado accidente proporcionó descubrir quién era en realidad este sujeto.

Tratando en estas varias consideraciones llegué á San Juan...
En el tal pueblo procuré manifestar con arte y dolo...
Así como me sentía inclinado á hacer...
Fue la satisfacción de ver á mi amo siempre...
Solo el pobre trapiento no lo halló por más que lo...
Y aunque halla á una familia la más...
Pero á las mis diligencias por hallar...
de como una hija como de otros años en el Colegio de...
destruía ya enteramente en su buena conducta y lo...
destruía por lo útil que me era.

CAPITULO XIII.

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste, y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable.

AUNQUE mi cajero era, como he dicho, muy hombre de bien, exactísimo en el cumplimiento de su obligación, y poco amigo de pasear, los domingos que no venia á la ciudad, cerraba la tienda por la tarde, tomaba mi escopeta, le hacía llevar la suya, y nos salíamos á divertir por los arrabales del pueblo.
Esta amistad y agrado mio le era muy satisfactorio á mi buen dependiente, y yo lo hacia con estudio; pues á más de que él se lo merecia, consideraba yo que sin perder nada grangeaba mucho, pues veria aquellos intereses mas como de un amigo que como de un amo, y así trabajaria con mas gusto. Jamás me equivocó en este juicio, ni se equivocará en el mismo todo el que sepa hacer distincion entre sus dependientes, tratando á los hombres

de bien con amor y particular confianza, seguro de que los hará mejores.

En una de las tardes que andábamos á caza de conejos, vimos venir hácia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera, que por mas que hicimos no fué posible detenerlo: ántes si no nos hacemos á un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad.

Lástima nos daba el pobre ginete, á quien no valian nada las diligencias que hacia con las riendas para contenerlo. Creimos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y mas cuando vimos que desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda, y encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla, y no pudiendo, cayó en tierra cogiendo debajo la pierna del ginete.

El golpe que el caballo llevó fué tan grande, que pensamos que se habia matado y al ginete tambien, porque ni uno ni otro se movian.

Compadecidos de semejante desgracia corrimos á favorecer al hombre; pero éste apenas vió que nos acercábamos á él, procuró medio enderezarse, y arrancando una pistola de la silla, la cazó dirigiéndonos la punteria, y con una ronca y colérica voz nos dijo: enemigos malditos de la especie humana, matadme si á eso venís, y arrancadme esta vida infeliz que arrastro. . . . ¿Qué haceis, perversos? ¿Por qué os deteneis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida que detesto, ni son los brutos capaces de hacerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, á vosotros está reservado destruir á vuestros semejantes.

Miéntas que aquel hombre nos insultaba con éstos y otros iguales baldones, yo lo observaba con miedo y atencion, y cierto que su figura imponia temor y lástima. Su vestido negro y tan roto, que en partes descubria sus carnes blancas: su cara descolorida y poblada de larga barba: sus ojos hundidos, tristes y furiosos: su cabellera descompuesta: su voz ronca: su ademan de

sesperado, y todo él manifestaba el estado mas lastimoso de su suerte y de su espíritu.

Mi cajero me decia: vámonos, dejemos á este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla á este mónstruo. No, amigo, le dije: Dios que vé nuestras sanas intenciones nos la guardará. Este infeliz no es ingrato como vd. piensa. Acaso nos juzga ladrones porque nos vé con las escopetas en las manos, ó será algun pobrecito que ha perdido el juicio, ó está para perderlo por alguna cosa muy grave; pero sea lo que fuere, de ninguna manera conviene dejarlo en este estado. La humanidad y la religion nos manda socorrerla. Hagámoslo.

Esto platicamos fingiendo que no lo veiamos y que queriamos retirarnos, miéntas él no cesaba de injuriarnos lo peor que podia; pero viendo que no le haciamos caso y le teniamos vueltas las espaldas, procuró sacar la pierna azotando con el látigo al caballo para que se levantara, más éste no podia, y el hombre, deseando desquitar su enojo, le disparó la pistola en la cabeza, pero en vano porque no dió fuego.

Entónces registró la cazueleja, y hallándola sin pólvora, tratando de cebarla, cuando, aprovechando nosotros aquel instante favorable, corrimos hácia él, y afianzándole los brazos, le quitó mi cajero las pistolas, yo alcé al caballo de la cola y sacamos de esta suerte de debajo de él al triste roto, que enfurecido mas con la violencia que reconocido al beneficio que acababa de recibir, se esforzaba á maltratarnos, diciéndonos: os cansais en vano, ladrones insolentes y atrevidos. Nada tengo que me lleveis. Si quereis el caballo y estos trapos, lleváoslos, y quitadme la vida como os dije, seguros en que me hareis un gran favor.

No somos ladrones, caballero, le dije: somos unos hombres de honor, que paseándonos por aquí hemos visto la desgracia de vd. y obligados por la humanidad y la religion, hemos querido aliviarlo en su mal, y así no pague con injurias esta prueba de la verdadera amistad que le profesamos.

¡Bárbaros! nos respondió el hombre puesto en pié: ¡bárbaros! ¿aun teneis descaro para profanar con vuestros impuros lábios las sagradas voces de honor, amistad y religion? ¡Crueles! Esas palabras no están bien en la indigna boca de los enemigos de Dios y de los hombres.

Seguramente este pobre está loco como vd. lo ha pensado, me dijo mi cajero. Entónces se le encaró el roto, y le dijo: no, no estoy loco, indigno: pluguiera á Dios que jamás hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros. ¿De nosotros? preguntaba muy admirado mi cajero.—Sí, cruel, de vosotros y de vuestros semejantes.—¿Pues quiénes somos nosotros?—¿Quiénes sois? decia el roto: Sois unos impíos, cruels, ladrones, ingratos, asesinos, sacrilegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, inícuos, malvados y cuanto mal hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres y no podeis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son. Sí, viles, sí: os conozco, os detesto, os abomino: apartaos de mí ó matadme, porque vuestra presencia me es mas fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco sino cuando miro á los hombres y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus procederes malditos, sus dobleces, sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Léjos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazon, conociendo que si no estaba loco, estaba próximo á serlo; y mas lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecia al género humano, no procedia esta fatal misantropía de malicia de corazon, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente, cuando se acordaba de los agravios que le habian hecho sufrir algunos de los muchos mortales inícuos que viven en el mundo.

Al tiempo que hacia estas consideraciones, reflexionaba que no es buen medio para amansar á un demente oponerse á sus ideas,

sino contemporizar con ellas por extravagantes que sean; y así, aprovechando este recuerdo, le dije al cajero: el señor dice muy bien. Los hombres generalmente son depravados, odiosos y malignos. Dias ha que se lo he dicho á D. Hilario, y vd. me tenia por injusto; pero gracias á Dios que encontramos á otro hombre que piense con el acierto que yo.

Tal es la esperiencia que tengo de ellos, dijo el misántropo, y tales son los males que me han hecho.

Si vamos á recordar agravios, le dije, y á aborrecer á los hombres por los que nos han inferido, nadie tiene mas motivo para odarlos que yo, porque á nadie han perjudicado como á mí.

Eso no puede ser, contestó el misántropo: nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que vd. mira. ¿Si supiera mi vida!

Si oyera vd. mis aventuras, le contesté, aborreceria mas á los pésimos mortales, y confesara que debajo del sol no hay quien haya padecido mas que yo.

Pues bien, decia, refiérame los motivos que tiene para aborrecerlos y quejarse de ellos, y yo le contaré los míos: entónces veremos quien de los dos se queja con mas justicia.

Este era el punto adonde queria yo reducirlo, y así le dije: convengo en la propuesta; pero para eso es necesario que vayamos á casa. Sírvase vd. pasar á ella y contestaremos.

Sea enhorabuena, dijo el misántropo, vamos. Al dar el primer paso cayó al suelo porque estaba muy lastimado de un pié. Lo levantamos entre los dos, y apoyándose en nuestros brazos lo llevamos á casa.

Fuimos entrando al pueblo, representando la escena mas ridícula, porque el enlutado roto iba rengueando en medio de nosotros dos que lo llevábamos con nuestras escopetas al hombro y estirando al caballo, cojo tambien, que tal quedó del porrazo.

Semejante espectáculo concilió muy presto la curiosidad del

vulgo novelero, y como con la ocasion de haber fiestas en el pueblo habia concurrido mucha gente, en un instante nos vimos rodeados de ella.

Algo se incomodó el misántropo con semejantes testigos, y mas cuando uno de los mirones dijo en alta voz: sin duda este era un gran ladronazo y estos señores lo han cogido, y lastimado lo llevan á la cárcel.

Entónces, brotando fuego por los ojos, me dijo: ¿vé vd. quiénes son los hombres? ¿Vé vd. qué fáciles son para pensar de sus semejantes del peor modo? Al instante que me ven me tienen por ladron. ¿Por qué no me juzgan enfermo y desvalido? ¿Por qué no creen que vdes. me socorren, sino que ántes su caridad la suponen justicia y rigor? ¡Ah! ¡malditos sean los hombres!

¿Quién hace caso, le dije, del vulgo, cuando sabemos que es un mónstruo de muchas cabezas, con muy poco ó ningun entendimiento? El vulgo se compone de la gente mas idiota del pueblo, y ésta no sabe pensar, y cuando piensa alguna cosa es casi siempre mal, pues no conociendo las leyes de la crítica discurre por las primeras apariencias que le ministran los objetos materiales que se le presentan, y como sus discursos no se arreglan á la recta razon, las mas veces son desatinados, y los forma tales con la misma ignorancia que un loco; pero así como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dictérios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla.

En esto llegamos á la casa: hice desensillar el caballo, y dispuse que al momento lo curasen con el mayor esmero. Vinieron los albeítas, lo reconocieron, lo curaron, hice que le pusieran caballeriza separada, la mandé asear y que se le echara mucho maíz y cebada, y destiné un mozo para que lo cuidara prolijamente. Todo esto fué delante del misántropo, quien admirado del cuidado que me debía su bestia, me dijo: mucho aprecia vd.

á los caballos. Mas estimo á los hombres, le dije. ¿Cómo puede ser eso, me dijo, cuando no ha veinte minutos me aseguró vd. que los aborrecia? Así es, le contesté: aborrezco á los hombres malos, ó mas bien las maldades de los hombres; pero á los hombres buenos como vd. los amo entrañablemente: los deseo servir en cuanto puedo, y euanto mas infelices son, mas los amo y mas intereso en sus alivios.

Al oír estas palabras, que pronuncié con el posible entusiasmo, advertí no sé qué agradable mutacion en la frente del misántropo, y sin dar lugar á reflexiones, lo metimos á mi sala, donde tomamos chocolate, dulce y agua.

Concluido el parco refresco, me preguntó mis desgracias, yo le supliqué me refiriera las tuyas, y él procediendo con mucha cortesía, se determinó á darme gusto á tiempo que un mozo avisó que huscaban á D. Hilario. Salió éste, y entre tanto el misántropo me dijo: Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa vd. que yo, léjos de deber ningun beneficio á los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males. Algunos mortales numeran entre sus primeros favorecedores á sus padres, gloriándose de ello justamente, y teniendo sus favores por justísimos y necesarios; mas yo ¡infeliz de mí! no puedo lisonjear mi memoria con las caricias paternas como todos, porque no conocí á mi cruel padre, ni aun supe cómo era mi indigna madre.

No se escandalice vd. con estas duras expresiones, hasta saber los motivos que tengo para proferirlas. A este tiempo entró mi cajero muy contento; y aunque quise que me descubriera el motivo de su gusto no lo pude conseguir, pues me dijo que acabaria de oír al misántropo, y luego me daría una nueva que no podia ménos de darme gusto.

Ved aquí excitada mi curiosidad con dos motivos. El primero, por saber las aventuras del misántropo; y el segundo, por cerciorarme de la buena ventura de mi dependiente; mas como